

(Trans) fronteriza

#17

Agosto 2023

Fronteras y movilidades desde la mirada espacial

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Salomón González Arellano
Delphine Marie Prunier
Mónica Patricia Toledo González
Pablo Blanco
Laura Sofía García Cortés
Frida Calderón Bony
Carlos Alberto González Zepeda

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Migraciones y
fronteras sur-sur**



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

(Trans)fronteriza no 17 : fronteras y movibilidades desde la mirada espacial / Salomón González Arellano ... [et al.] ; Coordinación general de Carlos Alberto González Zepeda ; Frida Calderón Bony ; Editado por Yolanda Alfaro ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2023.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-555-7

I. Personas Migrantes. 2. Política Migratoria. 3. Hábitat. I. González Arellano, Salomón II. González Zepeda, Carlos Alberto, coord. III. Calderón Bony, Frida, coord. IV. Alfaro, Yolanda, ed.

CDD 301

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinadores del Grupo de Trabajo

Handerson Joseph

Programa de Pós-Graduação em
Sociologia

Instituto de Filosofia e Ciências Humanas

Universidade Federal do Rio Grande do Sul
Brasil

handersonj_82@yahoo.es

Fernanda Stang

Centro de Investigación en Ciencias
Sociales y Juventud

Departamento de Sociología

Universidad Católica Cardenal Raúl Silva

Henriquez

Chile

fstang@ucsh.cl

Ana Inés Mallimaci

Instituto de Ciencias Sociales y

Administración

Universidad Nacional Arturo Jauretche

Argentina

anamallimaci@gmail.com

Coordinación y edición del Boletín

Carlos Alberto González Zepeda

Frida Calderón Bony

Comité editorial

Yolanda Alfaro

Mariela Paula Díaz

Sofía Lifszyc

Bruno Miranda

Carolina Aguilar Román

Héctor Parra García

Carlos Alberto González Zepeda



Contenido

5 Presentación

Carlos Alberto González Zepeda
Frida Calderón Bony

8 Interdependencias entre movilidades y fronteras

Salomón González Arellano

15 El istmo centroamericano como espacio de fronteras múltiples

Delphine Marie Prunier

23 La espacialidad como herramienta analítica en los migratorios

Frida Calderón Bony
Carlos Alberto González Zepeda

33 El tránsito bajo la lógica del cercado

Habitar entre postes, mallas y
muros

Mónica Patricia Toledo González

38 Migrar, esperar, asentarse, irse de nuevo

Reflexiones abiertas sobre el
habitar en movilidad

Frida Calderón Bony

45 Fronteras del mundo contemporáneo

Entre la producción del
espacio y la producción de
subjetividades

Pablo Blanco

RESEÑAS

54 Diccionario sobre temas socioterritoriales

Frida Calderón Bony

58 Políticas migratorias contemporáneas

Laura Sofía García Cortés

CONVOCATORIAS

62 Boletín Movimientos migratorios sur-sur

Fronteras, trayectorias y
desigualdades

Grupo de Trabajo CLACSO
Migraciones y fronteras sur-sur |

63 Dossier: Migraciones en América Latina y el Caribe

Debates necesarios en torno a
la investigación

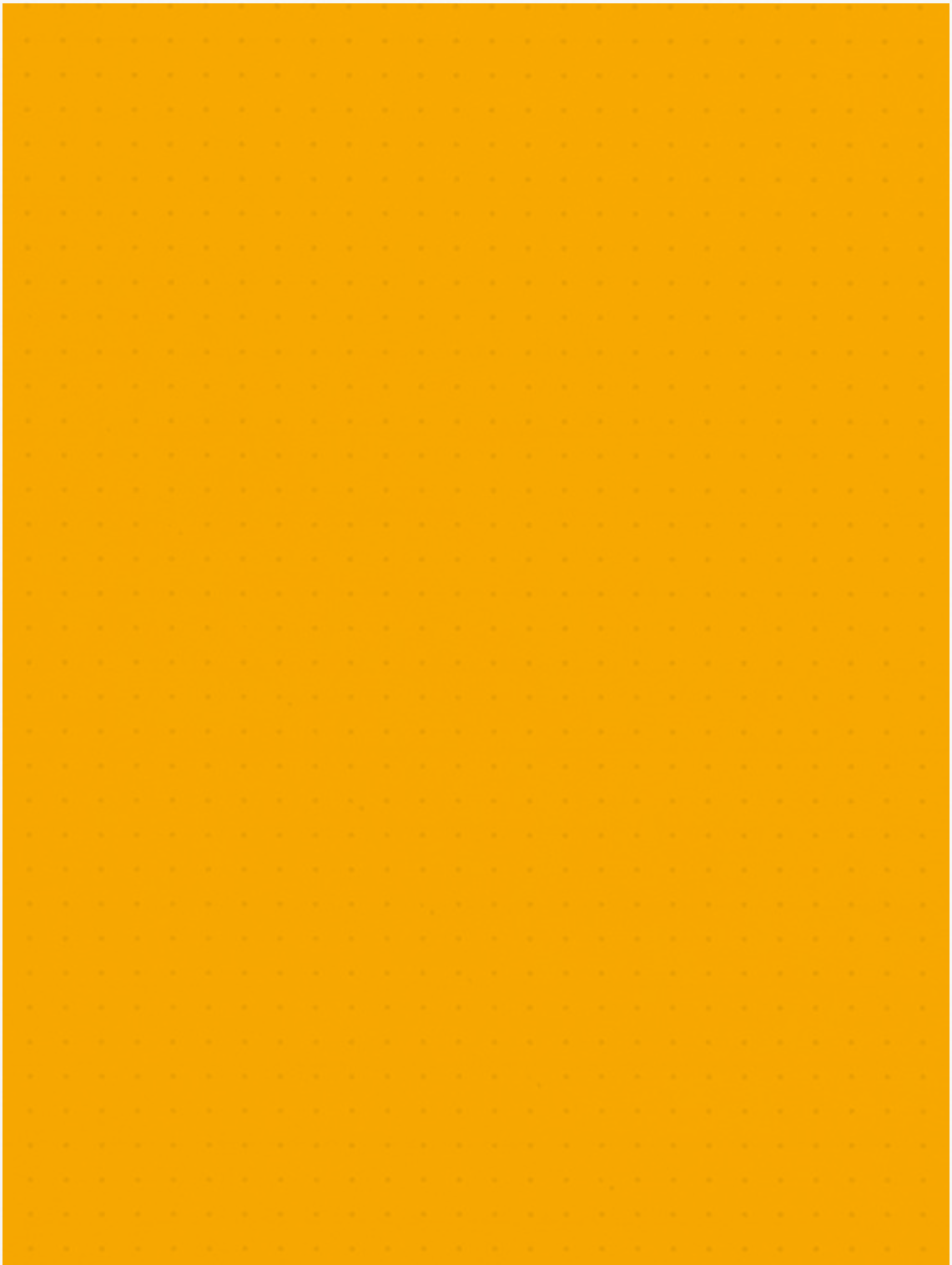
Revista TRAMAS Y REDES

Revista del Consejo

Latinoamericano de Ciencias
Sociales

64 (Trans)fronteriza







Presentación

Carlos Alberto González Zepeda*

Frida Calderón Bony**

Las formas contemporáneas de movilidad pueden ser observadas tomando en cuenta las maneras en que los sujetos elaboran una relación con el/los espacio(s) por donde circulan o en donde se instalan. En efecto, en el seno de las experiencias de migración, es posible identificar la capacidad que tienen los sujetos de interpretar, reconocer y significar los lugares que practican. Así, al integrar al estudio de la movilidad las relaciones entre lugares, temporalidades, objetos y actores, en este nuevo número del *Boletín (Trans)fronteriza* buscamos interrogar la fortaleza analítica de categorías como espacio, espacialidad, lugar —de espera, de tránsito, de vida— y el habitar, para observar y cuestionar la potencia heurística de la mirada espacial como herramienta de análisis en los procesos migratorios.

Así, el propósito de los textos que se incluyen en este número es interrogar la movilidad desde el espacio y, apelar a éste como variable de estudio para pensar las migraciones a través de cuestionarnos ¿cómo nuestra mirada investigativa puede considerar al espacio en el estudio de las migraciones y las fronteras?, ¿en qué medida el espacio interviene como una dimensión social de la vida migrante?, y ¿qué nos informa el espacio sobre la estructuración de las migraciones contemporáneas?

* GISEMMI UAM-Cuajimalpa

** CELA FFyL UNAM.

Bajo este encuadre, buscamos brindar al lector una mirada reflexiva sobre los espacios de circulación y las fronteras, en particular en América latina y el Caribe, en donde se gestan relaciones diferenciadas entre sujetos y espacios: lugares de tránsito que son también de espera y que pueden llegar a convertirse en espacios de vida; barrios que se transforman por la llegada de poblaciones móviles que se instalan; trayectorias de movilidad de larga duración en las que la suma de espacios recorridos configura una suerte de biografía espacial, esto es, *formas de habitar en la movilidad*.

El primer texto a cargo de Salomón González Arellano se ocupa de describir los principales atributos desde los cuales la geografía piensa el territorio y sugiere enseguida una problemática en torno a las interdependencias entre movilidades y fronteras. El texto muestra claramente que la mirada espacial no consiste en definir simplemente una demarcación o trozo de espacio, sino en considerar al espacio como el escenario en el que operadores espaciales delimitan escalas de intervención desde las cuales es posible observar la interacción entre movilidades y fronteras como una de las fuerzas que “hacen” el territorio, es decir, el espacio en su dimensión producida por el hombre.

Delphine Marie Prunier, observa enseguida el espacio centroamericano y nos sugiere que la frontera en esta región no tiene una única definición como pudiera ser la delimitación entre espacios nacionales. Por el contrario, lo que la región de Centroamérica muestra es como a lo largo del tiempo se gestan formas o mecanismos de hacer frontera. Insertos en lógicas macroestructurales, observamos que entre los países de este espacio regional entre el Norte y el Sur del continente se genera cierto ordenamiento de los espacios en función de diversas variables: control de los recursos, organización de la división del trabajo o la circulación de mano de obra.

Mientras tanto, Frida Calderón y Carlos Alberto González nos invitan a reflexionar sobre la espacialidad al considerar la interacción sujeto-espacio como testigo de ésta. Se trata de ver en el espacio una suerte de materia prima con la cual componer, en la medida en que el espacio se

convierte en el soporte de mecanismos para dotar de sentido al habitar. A partir de ello, observan lo que proponen como una *espacialidad múltiple*, noción que permite insistir en la capacidad analítica del espacio para dar cuenta de la experiencia de vida en contextos de migración.

En el caso del texto de Mónica Patricia Toledo González, la discusión gira en torno a la categoría de *habitar* en contextos de tránsito migratorio. En este trabajo resulta sugerente el cuestionamiento sobre la implementación de *dispositivos arquitectónicos* en el espacio por donde transitan las personas migrantes, cuyo objetivo es desalentar la movilidad, obstaculizar la ayuda humanitaria y expresar de manera abierta el rechazo a esta población. Por su parte, Frida Calderón Bony se interroga en torno a las formas de presencia, el estar en alguna parte, a pesar de tiempos inciertos o efímeros. Ambos trabajos exploran la noción de habitar a partir de cuestionar la premisa habitar como equivalente de tener una residencia y explorando por el contrario las posibilidades del habitar desde las estrategias y recursos movilizados por los sujetos para poder *estabilizar una presencia* incluso en movimiento.

Finalmente, también pensando a la frontera, Pablo Blanco propone mirar a los espacios fronterizos y paisajes de frontera, para descubrir que debido a su misma rudeza y vigilancia, son espacios en los que los sujetos encarnan una experiencia de marginalidad en sus cuerpos, y es ello, esa misma experiencia de la frontera, lo que les permite generar formas de subjetividad particulares.

Esperamos que el nuevo número del *Boletín (Trans)fronteriza* avive el interés de explorar al *espacio* como un recurso analítico-metodológico que permite observar bajo nuevas vértices las fronteras y las movilidades, bajo el supuesto de que en el seno de las experiencias de migración es posible identificar la capacidad de los sujetos de interpretar, reconocer y significar los lugares que practican. De algún modo, cada uno de los trabajos que se incluyen en este número rastrean la posibilidad de que el espacio informe sobre el mundo social.



Interdependencias entre movilidades y fronteras

Salomón González Arellano*

La noción de territorio ha tomado fuerza en la academia, y particularmente en las políticas públicas en las dos últimas décadas. En paralelo con el giro espacial en las ciencias sociales y humanidades, las políticas públicas han reconocido gradualmente la importancia de incorporar la dimensión espacial en el diseño e implementación de conceptos y métodos explícitamente espaciales. Por ejemplo, la focalización de políticas públicas como estrategia para hacer más efectivas sus acciones, no sólo se concentra en ciertos grupos de población, sino que identifica territorios prioritarios de intervención. De hecho, al menos para el caso de México, poco a poco las instituciones adoptan en su “caja de herramientas” tanto conceptos como métodos de análisis geográficos.

El territorio es una noción polisémica útil tanto para el biólogo como para el jurista, el político, el antropólogo o el funcionario de gobierno encargado de diseñar o aplicar políticas públicas. Entre los atributos que caracterizan los territorios, uno consiste en la delimitación espacial, es decir, el trazo de sus fronteras, con lo que se establece para los habitantes, como para los extranjeros, el adentro y el afuera. Esta delimitación puede ser compleja, dinámica, multidimensional y multifuncional. Otra característica es la de su naturaleza multiescalar, en otras palabras, el territorio

* Doctor en Ordenamiento territorial y desarrollo regional por la Universidad Laval en Québec, Canadá. Actualmente es profesor investigador en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa (UAM-C), México. Contacto: sgonzalez@cua.uam.mx.

como espacio de apropiación toma una diversidad de escalas que van desde la más íntima, cómo la del cuerpo, hasta la más extensa, como la del mundo. El tercer atributo se refiere al componente identitario de los territorios. El proceso de territorialización conlleva la construcción identitaria de actores e instituciones (formales e informales) que contribuyen a la conformación del territorio y que permiten construir el vínculo entre “nosotros” y los “otros”, con “los de adentro” y “los de afuera”.

Entre las diversas acepciones de la noción de territorio destacamos la que está asociada a la del estado nación. Esta concepción a la vez política, jurídica y administrativa da origen a la institucionalización de un sistema sofisticado de fronteras destinadas a cumplir múltiples funciones. Desde una perspectiva que podríamos caracterizar de conservadora, estas funciones se concentran principalmente en la defensa de amenazas externas, la seguridad, el control del flujo de personas, mercancías, o información. Desde otra perspectiva más progresista, las fronteras son entendidas de manera diferente: como espacios de intercambio y de oportunidad de crecimiento económico, de contacto intercultural y que facilitan el flujo de personas, mercancía e información.

En este artículo evitaremos el uso de frontera o movilidad como metáfora espacial, expresiones como movilidad social, o frontera ideológica, son ejemplos del uso de nociones espaciales para hablar del cambio (para la movilidad social) o de límite y diferencia (para frontera ideológica). Si bien, a menudo el cambio de estrato social viene acompañado de una movilidad residencial, y la oposición de cosmovisiones se manifiesta con la ocupación de territorios y el establecimiento de algún tipo de frontera.

Entre moviidades y fronteras: territorios

La movilidad y las fronteras son nociones espaciales fuertes. La primera es una de las tres estrategias principales para gestionar la distancia por parte de las personas y los colectivos. Con la co-presencia, y las

telecomunicaciones, la movilidad ha sido el acto espacial detonador de distancias. Es gracias a las movilidades cotidianas, pendulares, residenciales o migratorias, que las personas y los colectivos tomamos distancia por medio del alejamiento o la proximidad. Estos actos, conscientes o no, deliberados o no, explícitos o no, son entre otros actos espaciales, los productores del espacio social que al “tomar forma” pueden constituir arreglos espaciales complejos como los de un territorio.

La noción de frontera tenía hasta hace poco una carga fuerte heredada de la geopolítica y que a menudo nos remite a su acepción delimitadora del territorio de un estado-nación o de una demarcación subnacional (como estados, provincias, municipios, alcaldías, etc.). La frontera geográfica es el arreglo espacial resultado del proceso de delimitación territorial que una colectividad o un individuo impone y con este acto establece un adentro y un afuera, un “nosotros” y un “los otros”. Desde la geopolítica, la frontera de un estado-nación o la de un municipio, tiene por objeto delimitar el espacio controlado por los miembros de un grupo social o una comunidad territorial, y limitar los derechos de acceso a dicho espacio a quienes no pertenecen al grupo.

Entre movilidades y fronteras, se manifiesta la oposición de dos fuerzas socioespaciales. Por un lado, la movilidad tiene como programa alcanzar la menor fricción al flujo de personas, mercancías e información entre lugares. Por otro lado, las fronteras, tienen justamente como programa poner límite o regular las movilidades entre territorios. Así, movilidades y fronteras conforman interdependencias dinámicas, emergencias e innovaciones mutuamente adaptativas. En otras palabras, los patrones de movilidad, como la localización de los flujos, la intensidad, la periodicidad, las tecnologías de transporte, su grado de (in)formalidad, etcétera, tendrán influencia en las funciones y configuraciones de las fronteras. Dependiendo de la cultura geopolítica, las fronteras se extenderán, o se concentrarán en ciertos puntos del territorio, serán menos o más porosas, serán más o menos selectivas del paso de las personas, mercancías o información, ampliarán o reducirán la zona fronteriza que producen,

entre otras estrategias de separación y delimitación entre territorios. Por otro lado, las movilidades, a su vez se reconfigurarán y se adaptarán a las nuevas condiciones y arreglos fronterizos con el fin de facilitar las interacciones latentes, económicas, étnicas, políticas, ecológicas, etcétera.

Movilidades y fronteras son componentes centrales en los procesos de territorialización. Los territorios mantienen interdependencias con entidades vecinas contiguas o distantes, y es por medio de los flujos de personas, mercancías, energía e información que resuelven la necesidad de estas interacciones. Sin embargo, los territorios requieren regular, con mayor y menor medida, los flujos hacia y desde el exterior por medio de prácticas fronterizas de muy diversos tipos. Así, un repertorio muy amplio de operadores espaciales se ha desarrollado a lo largo de la geografía y la historia con el fin de controlar y regular los flujos (movilidades) fronterizos. Operadores como las fosas, garitas, muros, cámaras, perros, etcétera, pero también las leyes, pasaportes, aduanas, filtros sanitarios, entre otros, son algunos ejemplos de operadores espaciales para controlar, regular y seleccionar el paso de personas, mercancías o información.

Mutaciones de escala y de métrica espacial de los territorios

Como se mencionó antes, la noción de territorio es de naturaleza multiescalar. Un barrio, una ciudad, una región, un país, un bloque económico de países son territorios de escalas diversas. Además de este juego de escalas, el territorio puede tener una geometría continua o discontinua. Si bien, para algunos autores, los territorios son espacios continuos, para otros, pueden tomar una configuración discontinua, de archipiélago, o reticular. Estos dos atributos, la escala y la métrica espacial de los territorios, hace más complejas las interdependencias entre movilidades y fronteras, especialmente ante un mundo cuyas interacciones espaciales son cada vez más numerosas, distantes y diversas.

Tomemos el problema de las escalas. La literatura especializada reconoce que en las últimas décadas se advierte un mayor protagonismo de las ciudades y las regiones antes del que puede tener el estado-nación. La paradiplomacia “se salta” el poder central, y la cooperación *City-to-City* toma cada vez mayor fuerza como estrategia de desarrollo local. Esto lleva a un relativo debilitamiento de la identidad nacional (política), porque las personas y las organizaciones a menudo se asocian con el lugar concreto donde viven, y en algunos casos se quieren erigir algún tipo de barreras administrativas que los separen de los “otros”. En ese contexto, las fronteras adquieren otras funciones, diferentes a las que la geopolítica tradicional estaba acostumbrada. El desafío actual es la redistribución de funciones entre fronteras de distinto tipo y distinta escala bajo el impacto de la globalización también denominada territorialización y reterritorialización. Así, las fronteras políticas, administrativas y culturales constituyen un sistema complejo, dinámico y jerárquicamente organizado.

Pero el juego de escalas no trata únicamente de un enclave jerarquizados verticalmente de espacios: barrio, ciudad, región, país, mundo. También consiste en la emergencia de nuevas escalas, social e históricamente construidas. En ese sentido, y a partir de las interdependencias entre movilidades y fronteras, llama la atención la gradual importancia que toman para ciertos casos las zonas fronterizas. La zona fronteriza es el espacio de las interacciones (incluyendo conflictos) más activos entre los sistemas políticos, culturales, jurídicos y económicos de territorios vecinos. De hecho, las zonas fronterizas, como constructo social, están siempre en proceso de conformación, consolidación o debilitamiento por medio de acciones y operadores espaciales como el conjunto de reglas de tipo económico, administrativo, político, cultura, e incluso ecológicas.

De manera similar a la creación de zonas fronterizas, vemos para el caso de las movilidades, la emergencia y gradual consolidación de “corredores” o zonas geográficas de flujos consolidados y de intensa movilidad de personas, mercancías o información. Lo vemos claramente en el caso de la migración de personas y familias conformando corredores

transnacionales como el de Centroamérica hacia Estados Unidos. De manera similar están los corredores de mercancías, legales e ilegales que permiten el intercambio entre territorios de todo tipo de escalas. Al igual que las zonas fronterizas, las “zonas de corredores” implementan una serie de operadores espaciales destinados a facilitar su funcionamiento práctico y simbólico. Por ejemplo, el establecimiento de un corredor de albergues para personas migrantes, el desarrollo de servicios para la movilidad (formal o informal), comunicación, zonas francas, etcétera.

Conclusión: innovaciones socio territoriales

Las fronteras geográficas como constructo socioespacial están inmersas en la posibilidad de innovaciones socio-ecológicas y socio-técnicas como respuesta a la complejización creciente de los territorios. Los actores recurren a operadores espaciales para el ordenamiento práctico y simbólico de sus territorios. Este proceso de territorialización implica entre otras cosas la regulación de flujos de personas, mercancías e información con territorios contiguos o distantes. Así, las movilidades y las fronteras de los territorios mantienen interdependencias y tensiones que forman parte del proceso constante y regular de territorialización.

La emergencia de nuevos operadores espaciales permitirá imaginar posibles escenarios que pueden ser tipificados en base a dos dimensiones: el grado de porosidad de las fronteras, y el grado de movilidad de las personas, mercancías e información. Estas dos dimensiones nos generan escenarios posibles que como ya vimos, son sensibles a las escalas, a los actores, y al territorio (receptor, emisor). Estos escenarios se complejizan aún más si integramos la dimensión socio ecológica como los posibles efectos del cambio climático.

Una de las innovaciones posibles en la geografía de las fronteras y las movilidades es el cambio de escala y métrica de los territorios. Si el escenario de globalización y de una mayor integración económica y cultural se

acompaña de un debilitamiento del estado-nación para delegar mayor protagonismo a las ciudades como actores de una para-diplomacia, se esperaría que las fronteras nacionales sufrieran una serie de mutaciones. Este fenómeno lo vemos concretamente en iniciativas lanzadas desde ciudades en muy diversos campos: derechos humanos, cultura, cambio climático, educación y ciencia, desarrollo económico, etc.

Finalmente, considero necesario mantener abierta la noción de frontera ante las actuales transiciones socioecológicas que ya dan señales de cambios significativos en el régimen espacial y temporal. Ante estos escenarios, no deberá sorprender la emergencia de nuevos arreglos socioespaciales, complejizando la noción de territorio y por lo tanto nuevas formas, funciones y escalas de las interdependencias entre movilidades y fronteras.



El istmo centroamericano como espacio de fronteras múltiples

Delphine Marie Prunier*

Centroamérica, región de márgenes insertada en la economía capitalista globalizada

Centroamérica se ha conformado históricamente a la vez como puente (que conecta el sur y el norte del continente) y como istmo (que conecta, o separa, los dos océanos). Su importancia geopolítica es primordial desde la época prehispánica hasta la colonia española —periodo clave en el que el espacio regional se organizó alrededor de las economías de plantación con el latifundio (añil y caña principalmente)— y finalmente con la intervención norteamericana y la centralidad de la producción y exportación del café y del banano en un contexto de aceleración de la globalización. Asumiendo un papel de periferia agraria para las economías centrales, es decir, de espacio productivo subalterno dedicado a abastecer los espacios que concentran el poder en recursos primarios, la región se construye fundamentalmente desde finales del siglo XIX y hasta la mitad del siglo XX alrededor de la agroexportación y en función de los intereses estadounidenses, tanto a nivel de la gestión de las tierras

* Doctora en Geografía Humana por la Universidad de París Diderot, Francia. Actualmente es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur.. Contacto: prunier.delphine@sociales.unam.mx.

productivas como de las infraestructuras y vías de transporte pensadas para la comercialización y salida de productos agrícolas, a través de lógicas espaciales de tipo enclave. En geografía, hablamos de “enclave” para describir un territorio encerrado en otro territorio y, en el contexto de Centroamérica, los enclaves agrícolas son característicos de dinámicas de apropiación y explotación de las tierras para capitales y empresas extranjeros (la *United Fruit Company* en particular) que se apoyan en múltiples redes y flujos hacia el exterior sin desarrollar casi ningún vínculo o lógicas de desarrollo local con los territorios cercanos. Es de notar, por ejemplo, que la región bananera del Caribe hondureño estaba mejor conectada con Nueva Orleans que con la capital nacional.

Por otro lado, existe una discusión sobre la existencia de Centroamérica como región, es decir, sobre la relevancia de considerar a estos países del istmo como una entidad, una región coherente. Si bien excluye analizarla como formación social (porque no hay procesos generalizables después de la colonia), el geógrafo costarricense Carlos Granados —en *Hacia una definición de Centroamérica: el peso de los factores geopolíticos*— considera que se trata de una región en la medida en que reagrupa territorios y poblaciones entorno a la agricultura global como eje articulador de los procesos productivos y agrarios. Dicho de otra forma, Centroamérica se considera como una región desde la perspectiva de la división socio-territorial del trabajo y en el marco de una organización económica global capitalista que le asigna un papel específico en la producción y circulación de productos agrícolas: Centroamérica es periferia del sistema mundo, está inserta en la economía mundial, en donde se dedica a producir alimentos y materias primas poco o nada procesadas para el mercado externo. Además, en toda la región, la tendencia a la producción bajo el modelo de monocultivos asociada con el mantenimiento de un amplio segmento de pequeños productores genera relaciones de dependencia y subordinación que se reflejan en la (in)seguridad alimentaria, los efectos socioambientales y la fragilidad económica frente a los altibajos de las bolsas de valores internacionales.

Los mecanismos de dominación se construyeron sistemáticamente sobre la base de dos recursos claves: la tierra y el trabajo. La ecuación centroamericana, a diferencia de otras regiones del mundo, se determinaba entre poca tierra cultivable y mucha población disponible para el trabajo. Para resolverla, se instalaron regímenes autoritarios que buscaron garantizar la disponibilidad de tierras para los monocultivos, controlar u ordenar las migraciones internas (avance de las fronteras agrícolas), poner la población al trabajo y eliminar el disenso, a través de expropiaciones y de un control social feroz. Desde la formación del Estado liberal oligárquico hasta la consolidación de los Estados Unidos como potencia global muy influyente en la zona, la articulación entre propiedad privada y exclusión socioterritorial (es decir asimetrías y desigualdades entre grupos sociales y entre territorios que concentran o al contrario carecen de recursos) instaló durablemente relaciones de poder que no podemos desvincular de la realidad centroamericana contemporánea (precariedad, marginalidad, violencias múltiples y expulsión migratoria).

A escala regional, unas fronteras diferenciadas entre legalidad e informalidad

En la actualidad, Centroamérica está dividida en dos subsistemas migratorios. Por un lado, el sistema migratorio del sur de Centroamérica —Nicaragua-Costa Rica-Panamá— tiene fronteras relativamente cerradas para controlar —frenar y seleccionar— a los trabajadores migrantes que se dirigen principalmente al mercado laboral costarricense en sectores como la agricultura —café y piña esencialmente—, la construcción, el turismo y el servicio doméstico.

Por otro lado, el sistema migratorio del norte de Centroamérica —Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua— se caracteriza por antiguos pasos fronterizos que se construyeron inicialmente en busca de tierras agrícolas y con el avance de frentes pioneros para los sectores campesinos (salvadoreños hacia Honduras en los años 1960, por ejemplo). Hoy

en día, estos pasos se utilizan esencialmente para acceder a empleos estacionales y precarios. Ejemplos de ello son la participación de mano de obra nicaragüense, hondureña y salvadoreña en la construcción de la infraestructura vial y portuaria de la “triple frontera” del Golfo de Fonseca hacia 2010, el movimiento estacional de jornaleros agrícolas del norte de Nicaragua hacia el sur de Honduras, o las economías urbanas informales que contribuyen a la dinamización de territorios circulatorios (donde la movilidad y circulación de los trabajadores, familiares, bienes, dinero, informaciones, etcétera, contribuyen a la construcción social del territorio) que convergen en ciudades como Ciudad Guatemala, San Salvador, San Pedro Sula, por mencionar algunas.

El Convenio Centroamericano de Libre Circulación (CA-4), firmado en 2006 entre estos cuatro Estados establece una zona de libre circulación. Se trata de una iniciativa apoyada por el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) —marco institucional creado en 1991 para garantizar la integración regional en un contexto de paz, desarrollo y consolidación de la democracia— y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) con el fin de unificar las condiciones de entrada y residencia de extranjeros en cada uno de los países de esta región tradicionalmente carente de integración política y económica. El Convenio CA-4 permite aumentar la movilidad intrarregional, ya que los ciudadanos de estos países pueden cruzar las fronteras terrestres con la presentación de un simple documento de identidad (y no de un pasaporte, salvo en el caso de los menores). También pretende armonizar el régimen migratorio de los viajeros extranjeros, que pueden desplazarse por la zona con un único documento —visado o permiso de residencia temporal— obtenido en el país de entrada. El objetivo de este acuerdo es, por tanto, promover la integración regional para el comercio, el turismo, la salud, los intercambios culturales y el tránsito. Sin embargo, el acuerdo no prevé la expedición de permisos de trabajo, por lo que las personas que se desplazan a la región para acceder a un empleo (en su mayoría temporal) se encuentran generalmente en una situación de informalidad y vulnerabilidad en términos de empleo y condiciones de trabajo.



Frontera Los Chiles entre Costa Rica y Nicaragua, Ft. D. Prunier, 2021.

Tanto en el marco de este acuerdo de libre circulación para la región norte de Centroamérica, como para la región Sur cuyo centro de atracción es el mercado laboral costarricense, observamos dinámicas de movilizaciones Sur-Sur: destaca la importancia de la movilidad circulatoria y el desplazamiento temporal en distancias cortas para poblaciones que a menudo resuelven sus necesidades de acceso al empleo en una escala regional. Estas movilizaciones intrarregionales son fundamentales para las personas y familias más pobres que no pueden “invertir” en la migración hacia Estados Unidos y, por lo tanto, dependen de estas lógicas de ampliación del mercado laboral a escala transfronteriza para asegurar su subsistencia. Si bien el cruce de la frontera puede ser formal y legal (C4 o visa para Nicaragua/Costa Rica), el paso hacia la informalidad en el mercado laboral puede suceder rápidamente, pues la regulación y el control de la movilidad están al servicio de los poderes económicos y de su necesidad de mano de obra irregularizada y, por tanto, fácilmente explotable.

El sector agrícola es rector y organiza en gran parte estas movilizaciones, ya sea en grandes fincas de cultivos de exportación que contratan cantidades

importantes de jornaleros (piña, café, banano), ya sea en dinámicas más aisladas de contratación de peones para cuidar potreros, por ejemplo. Es importante notar la permeabilidad entre los mercados laborales, pues otros sectores económicos como el de la hotelería, la construcción o el turismo compiten con la agricultura para captar esta mano de obra flexible, barata y disciplinada.



Fuente: *Predominancia del empleo informal*: ILO (2017). Mapa originalmente elaborado por Tony Hauck (Atlas Migreurop 2022); replicado por Prunier D.M. y Vega J.

A escala continental, los espacios centroamericanos de expulsión y de tránsito: una región clave en la geopolítica global

Recientemente, esta libertad de movimiento a nivel del istmo se ha puesto en entredicho, con el refuerzo de las políticas de contención y militarización en el contexto del régimen de fronteras y de control de la movilidad global.

Primero, con la pandemia, las fronteras nacionales se cerraron y se implementaron estados de excepción por crisis sanitaria. Numerosas personas se encontraron varadas en países vecinos, en la imposibilidad de regresar a casa durante días o semanas. La gestión de la movilidad regional y de la migración internacional (tránsito de extranjeros o regreso de nacionales por deportación) se hizo en el marco de regímenes autoritarios que estigmatizaron y discriminaron a las personas migrantes.

Segundo, observamos desde el inicio de 2021 que las políticas de externalización de las fronteras van más allá del territorio mexicano: las caravanas que se formaron desde el norte de Honduras empezaron a ser bloqueadas desde Guatemala. Los migrantes que lideran este auténtico movimiento social se enfrentan al uso brutal de la fuerza y a menudo ven disueltos sus esfuerzos, en un contexto de miedo y criminalización que combinó la ilegalización del cuerpo del migrante con la crisis sanitaria. La lucha contra la migración indocumentada en Estados Unidos ya no se juega únicamente en los debates sobre el muro, ni siquiera en la frontera sur de México, sino ahora más al sur, con Guatemala asumiendo un papel clásico de externalización de la vigilancia migratoria en el camino hacia el Norte, a cambio de programas de cooperación y proyectos de desarrollo.

Finalmente, Centroamérica se convierte en una región de paso estratégica para la migración procedente de América del Sur (Colombia, Venezuela, Ecuador, Brasil), del Caribe (Haití, Cuba) o de países extracontinentales

(Nigeria, Congo, Bangladesh, Afganistán) que atraviesan el istmo en su camino hacia Estados Unidos. Los dispositivos de control, corrupción, contención o ayuda son muy diversos entre el cruce del Darién y la llegada a México. Podemos considerar que se está conformando una zona de múltiples capas fronterizas en los países centroamericanos, que hace falta observar de más cerca para poder visibilizar la complejidad territorial de este istmo estratégico e integrar mejor la dimensión espacial en la comprensión del fenómeno migratorio en la región.



La espacialidad como herramienta analítica en los migratorios

Frida Calderón Bony*

Carlos Alberto González Zepeda**

El acto migratorio puede concebirse como una ruptura con el espacio de partida. Migrar es irse y la experiencia de la movilidad es un acontecimiento que lleva al migrante a *estar fuera* de su lugar de origen. En palabras del sociólogo de origen argelino Abdelmalek Sayad, el fenómeno de la migración es un fenómeno de exterioridad puesto que el migrante porta un origen exterior de cara a la sociedad que integra y vive además al exterior de su sociedad de nacimiento. Al mismo tiempo, la experiencia de vida de quienes viven en movilidad da cuenta de una multiplicidad de espacios con los que se configura el itinerario de migración de los sujetos; las personas migrantes se encuentran en cierto lugar, están de paso o se instalan por cierto tiempo, siempre en relación con lugares que han dejado atrás. Están dentro y no fuera del espacio, pudiéramos decir.

* Doctora en Antropología Social y Etnología por l'EHESS Paris, Francia. Actualmente es profesora en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur.. Contacto: fridacalderonb@filos.unam.mx.

** Maestro en Desarrollo Regional por El Colegio de la Frontera Norte (EL COLEF), México. Actualmente es Doctorando en Ciencias Sociales y Humanidades en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa (UAM-C), México, y responsable del Grupo de Investigación del Seminario en Estudios Multidisciplinarios sobre Migración Internacional (GISEMMI). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur. Contacto: carlosgonzalezzepea@gmail.com.

Apelando a lo que se conoce como *el giro espacial* en las ciencias sociales, es posible identificar diferentes maneras o formas de interacción entre los sujetos y los espacios que recorren durante su experiencia de vida en movilidad. Desarrollar una mirada de este tipo supone considerar que las personas migrantes, a pesar de las condiciones de vulnerabilidad que conocen, establecen mecanismos para reconocer y significar los lugares que recorren. Esta perspectiva sugiere ver en el espacio un soporte, una suerte de materia prima con la cual el sujeto puede componer, “hacerse un lugar” y con ello dotar de sentidos a su habitar aun en la fragilidad de su condición de migrante. Si la condición de movilidad obliga a observar el desplazamiento, la mirada en los lugares practicados supone completar la observación atendiendo a las lógicas que permiten un emplazamiento, una toma de lugar.

No cabe duda de que las políticas migratorias contemporáneas dan cuenta de una *gestión global de las migraciones* anclada en lógicas de atrapamiento y de producción de formas de inmovilidad. Esta lógica tiene como efecto la delimitación de sujetos asignados justamente a su condición de exterioridad, los migrantes son visibilizados siempre desde su condición de extranjeros, están fuera de lugar. Para buscar dar la vuelta a este argumento insistimos en observar dónde y cómo las personas migrantes se las arreglan con el espacio que practican. Así, al integrar al estudio de la movilidad las relaciones entre lugares, temporalidades, objetos y actores, cuestionamos la potencia heurística de la *espacialidad* como herramienta de análisis en los procesos migratorios. Esto es, la comprensión del espacio a través de las interacciones con el mundo cotidiano, formas de pensar y actuar que abarcan una serie de procesos que apoyan la exploración, el descubrimiento y nos permiten describir, analizar y hacer inferencias sobre la estructura y función de un entorno. El pensamiento espacial no es estático. Por lo tanto, sugerimos que es necesario recurrir cada vez más y de modo recurrente a materiales etnográficos que permitan dar cuenta de los arreglos, mecanismos y estrategias que los migrantes ponen en marcha para continuar sus trayectorias, redireccionar sus tránsitos o afianzar una instalación en determinado lugar.

La noción de espacio tal y como se concibe en la geografía y las ciencias sociales contemporáneas, remite a las formas espaciales que los sujetos organizan, el espacio se entiende entonces no sólo como una extensión y/o escala territorial sino además como el resultado de acciones y en el contexto migratorio como consecuencia también del movimiento; el espacio interviene en esta perspectiva como una dimensión social de la vida migrante. Es en función del contexto social y a través de estrategias, actos, saberes, *maneras de hacer en y con el espacio* que podemos pensar la dimensión espacial de las personas migrantes. Portar la mirada al espacio es en última instancia insistir en la importancia de validar un régimen de visibilidad que haga existir la experiencia de vida de los sujetos, el espacio puede justamente devenir en soporte de dicha visibilidad en tanto localiza a las personas migrantes y les permite estar presentes en algún lugar.

¿Pero cómo hacer emerger esta espacialidad específica y múltiple de la experiencia de vida en movilidad? Una primera estrategia consiste por ejemplo en cartografiar de modo cronológico los lugares que componen una trayectoria migratoria. Lugares que se adicionan a lo largo de rutas migratorias más o menos peligrosas. Tránsitos y esperas constituyen la acción que da consistencia a dichos lugares, de donde emerge también un orden temporal. La segunda estrategia consiste en dar cuenta de las lógicas que organizan los espacios, qué hacen las personas migrantes en los lugares por los que transitan o donde eventualmente se instalan de forma provisional o permanente. Se trata de considerar a las personas migrantes en tanto operadores espaciales al tomar en cuenta las prácticas que desarrollan en y con el espacio, y teniendo en cuenta también los efectos socioespaciales que dichas prácticas provocan. En definitiva, creemos que es necesario adoptar la dialéctica sujeto-espacio como herramienta de observación. En conjunto, podemos observar lo que proponemos como una *espacialidad múltiple*, noción que nos permite insistir en la capacidad analítica del espacio para dar cuenta de la experiencia de vida en contextos de migración.

Descentramiento sobre la noción de espacialidad

Si partimos de la definición que propone el *Diccionario de la Geografía y del espacio de las sociedades* de los geógrafos franceses Michel Lévy y Michel Laussaut, la espacialidad puede leerse en un sentido general como el conjunto de acciones espaciales realizadas por los sujetos de una sociedad. Desde este punto de vista, la espacialidad permite aprehender las acciones, instrumentos y gestos a partir de sus efectos en el espacio.

En el contexto de la movilidad contemporánea y tomando en cuenta la consolidación de lo que se califica como una gobernanza tecno-política centrada solamente en el control de los flujos, nos parece conveniente distinguir lo que llamamos una *espacialidad múltiple* durante la experiencia migratoria. Esta figura mental nos permite visualizar una espacialidad en por lo menos dos dimensiones. Por un lado, se puede considerar que la estructura y las formas de uso de los espacios por los que transitan los migrantes son el resultado de la imposición de políticas restrictivas por parte de los Estados nación, en este caso las fronteras imponen su dureza y los agentes de control de la movilidad obedecen a una política de vigilancia, provocando lo que pensamos como una espacialidad impuesta desde arriba.

Pero, por otro lado, la espacialidad está también condenada a subterfugios, maniobras, tácticas y/o artificios por parte de los habitantes. En este caso observamos una espacialidad ligada a las acciones cotidianas de las personas migrantes, y en la que existe cierta *producción espacial*. En efecto, si consideramos la especialidad ligada a las acciones podemos observar la experiencia de la movilidad no sólo desde el punto de vista de la circulación y/o movimiento, sino además a partir de los mecanismos puestos en marcha para encontrar, elegir, edificar y apropiarse de espacios desde los cuales se configura la experiencia de habitar como migrante. De esta manera, nos parece que es posible y fructífero hacer de la espacialidad una noción descriptiva que permita dar cuenta de los

recursos movilizados por los sujetos para actuar o practicar determinado espacio.

En este sentido, nuestra mirada sugiere que la espacialidad múltiple puede entenderse como la “invención” de un espacio que emerge vía la acción de los sujetos, y ésta debe entonces ser aprehendida desde el punto de vista de las personas migrantes, que se desplazan, se quedan, y dentro de la lógica de movilidad e inmovilidad, en la que irremediamente actúan e interactúan con otros sujetos —otros migrantes, actores de OSC, agencias internacionales e instituciones de gobierno, entre otros—, ante quienes disputan, arrebatan o se apropian de ciertos lugares. La espacialidad permite entonces conciliar la relación entre la materialidad del espacio y las prácticas sociales.



“El Chaparral”, campamento en el cruce fronterizo entre México y Estados Unidos San Ysidro-El Chaparral, Ft. Carlos González Z., 2021.

En su tránsito por países hostiles resguardados por muros y diversos artefactos tecnológicos que buscan disuadir la entrada del migrante no deseado, las personas migrantes crean a pesar de ello, formas de instalación y organizan el espacio; los campamentos que se crean en las zonas fronterizas han dado cuenta de ello, se inventan ahí formas de estar, se construyen carpas o especies de cabañas con materiales reciclados, se organizan lógicas de distribución del espacio por ejemplo por nacionalidad o según el momento de llegada al campamento, se inventan formas para cocinar, para ocupar el tiempo, se consolidan pequeñas actividades económicas como vender comida o lavar la ropa de alguien más. Investigaciones de campo han dado cuenta de diferentes dinámicas organizacionales para atender aspectos de seguridad creando comisiones de vigilancia, organizando la limpieza de espacios compartidos, o incluso improvisando escuelas o espacios educativos para los infantes.



Campamento "El Chaparral", Ft. Carlos González Z., 2021.

Se trata de espacios en los que podemos considerar que se está gestando la emergencia de barrios temporales. Por ejemplo, el campamento que se ubicaba en el cruce fronterizo entre México y Estados Unidos (San Ysidro-El Chaparral), "El Chaparral", instalado en febrero de 2021 a partir

de la puesta en marcha del Programa “Quédate en México”, y en el que llegaron a habitar cerca de 2 000 personas hasta su desalojo en 2022. En “El Chaparral”, debajo del puente vehicular se vislumbraba la dimensión del campamento, más o menos compuesto por hileras de tiendas de campaña que incluso se habían instalado sobre las banquetas, algunas estaban rotas, en otras era posible distinguir un número y el nombre del ocupante, incluso, había algunas que empezaban a cobrar otras dimensiones, ampliándose con lonas, cartones, sombrillas y cobijas que lo mismo funcionaban como techos que como paredes para “contener” las inclemencias del clima. Algunas personas en este campamento, por ejemplo, empezaron a generar formas de comercio informal, vendiendo diversos artículos como golosinas, cigarros, algunas frutas, verduras, incluso enchufes para la luz. Otras habían instalado puestos pequeños de comida, pero también había quienes habían optado por ofrecer servicios improvisados de corte de cabello.



Campamento “El Chaparral”, Ft. Carlos González Z., 2021.

Si nos detenemos en el lazo o interacción que se gesta entre el sujeto y el espacio, descubrimos una relación de experiencia entre el migrante y un *locus*, el lugar aparece entonces como central en la posibilidad de observar las prácticas que en él se desarrollan. No se trata de menospreciar el orden estructural que obliga a las poblaciones migrantes a encontrarse “sin un lugar”, al margen. Como ya se dijo, el control de la movilidad y como corolario su traducción en formas de “atrapamiento” o “encapamientos” atestiguan de un régimen de producción de poblaciones marginalizadas, indeseables, desechables según lo han mostrado los trabajos de intelectuales contemporáneos como Zigmunt Bauman, Judit Buttlar o David Harvey por citar los más destacados; que sin duda generan formas de asignación a residencia de grupos poblacionales específicos. Sin embargo, nos parece que es posible dar potencia heurística a la noción de lugar al desfasarlo de su primera dimensión en tanto espacio de anclaje duradero, para observarlo más bien como un proceso del que se puede dar cuenta a partir de su funcionamiento, es decir, a partir de las prácticas que lo constituyen y le dan visibilidad o existencia social.

En lugares poco visibles, en espacios como plazas o parques, bajo un puente, en la línea fronteriza, en casas de migrantes o albergues en el mejor de los casos, lo mismo que en centros de detención, cárceles y puntos de deportación, el espacio es testigo de las tecnologías de instalación, prácticas múltiples a través de las cuales las personas migrantes delinean formas de “tomar lugar”. Por supuesto, estos espacios son una muestra aberrante de la desigualdad, la exclusión y la falta de condiciones dignas de vida; espacios de miseria que muestran la vulnerabilidad —condición que emana a la vez de los riesgos de contexto como de las estrategias para enfrentarse a éstos— en la que viven sus ocupantes y que incluye factores físicos, sociales, económicos, ambientales que varían en el transcurso del tiempo. Detener ahí la mirada, aunque da cuenta de una realidad y nos permite denunciar dicha miseria, nos empuja a pensar a los migrantes únicamente desde su privación, despojados, afrontando un cumulo de ausencias: sin derechos, sin visa, sin dinero, sin vivienda, sin derecho a la ciudad.

En una especie de vuelta de tuerca, nos parece que podemos mirar desde los lugares, pero insistiendo en la fuerza de las prácticas, es decir, observando qué hacen y cómo hacen los migrantes, para así poder visualizar los mecanismos o arreglos que llevan a cabo para persistir en la movilidad, y de algún modo para confirmar su capacidad de habitar. Se trata de considerar el habitar en tanto experiencia de la presencia en un lugar. Ciertos lugares permitirán simplemente refugiarse, otros la posibilidad de mantener una sociabilidad, aunque sea fragmentaria. A lo largo de las rutas de movilidad, ahí donde “están” las personas migrantes, podemos observar dinámicas organizacionales a través de las cuales se gesta el habitar. En lugares de espera como casas de migrantes o refugios, las personas recolectan conocimiento para encontrar empleo temporal o la mejor ruta para cruzar las fronteras; es ahí donde articulan redes, amistades, donde negocian confianza y protección, donde comparten cocinas comunitarias o donde se negocian colectivamente los costos de vida y del trayecto hacia otro destino.

La interrupción en la trayectoria migratoria impone a los migrantes el desafío de tratar de hacerse de un lugar en los lugares donde se encuentran varados y es claro que una primera capa de la espacialidad en un contexto de movilidad migratoria está supeditada o condicionada por múltiples fuerzas: una maquinaria política-gubernamental ineficaz, un clima de violencia sumamente complejo; pero al mismo tiempo, podemos ver la presencia de actores sociales que con su solidaridad también van dando forma espacial a la experiencia de movilidad de los migrantes.

Al pensar la movilidad en tránsito la hemos de algún modo encapsulado en una temporalidad efímera que supone pensar una población destinada a “no permanecer”; y eso ha llevado a oscurecer los tipos de presencia que estas poblaciones pueden generar en los territorios que recorren.

Si bien las personas migrantes no necesariamente tienen un control total del espacio que recorren, podemos observar cómo viven, utilizan, transforman o incluso personalizan diferentes lugares a lo largo de sus

trayectorias. Esta forma de considerar la experiencia de vida los sujetos en movimiento, supone también que se considera a los migrantes en tanto sujetos habitantes y no solamente desde su condición de movilidad, característica importante pero que quizá tiende a menospreciar los distintos aspectos que configuran el habitar en movimiento.



El tránsito bajo la lógica del cercado

Habitar entre postes, mallas y muros

Mónica Patricia Toledo González*

El objetivo de este artículo es abonar a la discusión sobre la categoría de habitar en contextos de tránsito de población migrante centroamericana en su paso por la ciudad de Apizaco, en el estado de Tlaxcala, en la región conocida como Altiplano Central Mexicano y que representa un nodo intermedio en los trayectos de población centroamericana en condiciones de migración irregular, mayoritariamente hondureña.

Apizaco es una ciudad que se fundó a partir de los asentamientos formados con la presencia de trabajadores ferrocarrileros y sus familias, en el diseño de la ruta del tren que vincularía a la Ciudad de México y el Puerto de Veracruz, esta ciudad se eligió como una de las primeras estaciones formales del ferrocarril, pues se encuentra entre Orizaba y el Estado de México.

En el año 2010 como una iniciativa de la comunidad católica en Tlaxcala, inicia la construcción del Albergue “La Sagrada Familia” en la colonia

* Doctora en Antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) México. Actualmente es Coordinadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional de la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano en la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UAT), México. Contacto: mptoledog_fcdh@uatx.mx.

Ferrocarrilera o “colfer” —como comúnmente se le conoce—, ubicada justo detrás de la capilla Cristo Rey y a pocos metros de la terminal ferroviaria de la empresa Ferrosur.

Las vías y los trenes que permitieron la conformación de esta colonia son las que actualmente movilizan a población migrante, aunque comparativamente con estados como Chiapas y Estado de México, Tlaxcala tiene una menor proporción de personas migrantes. Una de las razones es que el descenso del tren no implica una decisión estratégica para economizar el tiempo de traslado, es decir, algunos prefieren seguir en el tren al siguiente destino. Si bien esta ciudad es un sitio de descanso no obligado, la población migrante no ha dejado de acudir debido a la necesidad de alimentarse, asearse, comunicarse con su familia o bien, sanarse de alguna herida o enfermedad.

La ciudad de Apizaco se ha configurado como un lugar hostil para la población migrante que acude al Albergue “La Sagrada Familia”, de manera específica a través de la implementación de *dispositivos arquitectónicos* en el paisaje de la colonia ferrocarrilera, cuyo objetivo es desalentar el arribo de la población migrante, obstaculizar la ayuda humanitaria y expresar de manera abierta el rechazo a esta población. Desde 2012 se observa la instalación de lo que podemos considerar en este caso como *dispositivos espaciales*:

1. *Postes de concreto* instalados en 2012 por la empresa Ferrosur después de la fundación del Albergue. Los cuales impiden abordar o descender de los vagones en movimiento, incluso a baja velocidad. La empresa ha señalado que los postes son para proteger la seguridad de sus vagones y sus mercancías ante ataques de la delincuencia, y la defensa del derecho de vía. Estos postes han generado que al menos seis migrantes hayan sufrido mutilaciones en extremidades y más de 40 hayan tenido accidentes considerables.

2. *Malla metálica* instalada en junio de 2019, las autoridades municipales colocaron una malla ciclónica con púas en la parte superior, sobre la calle

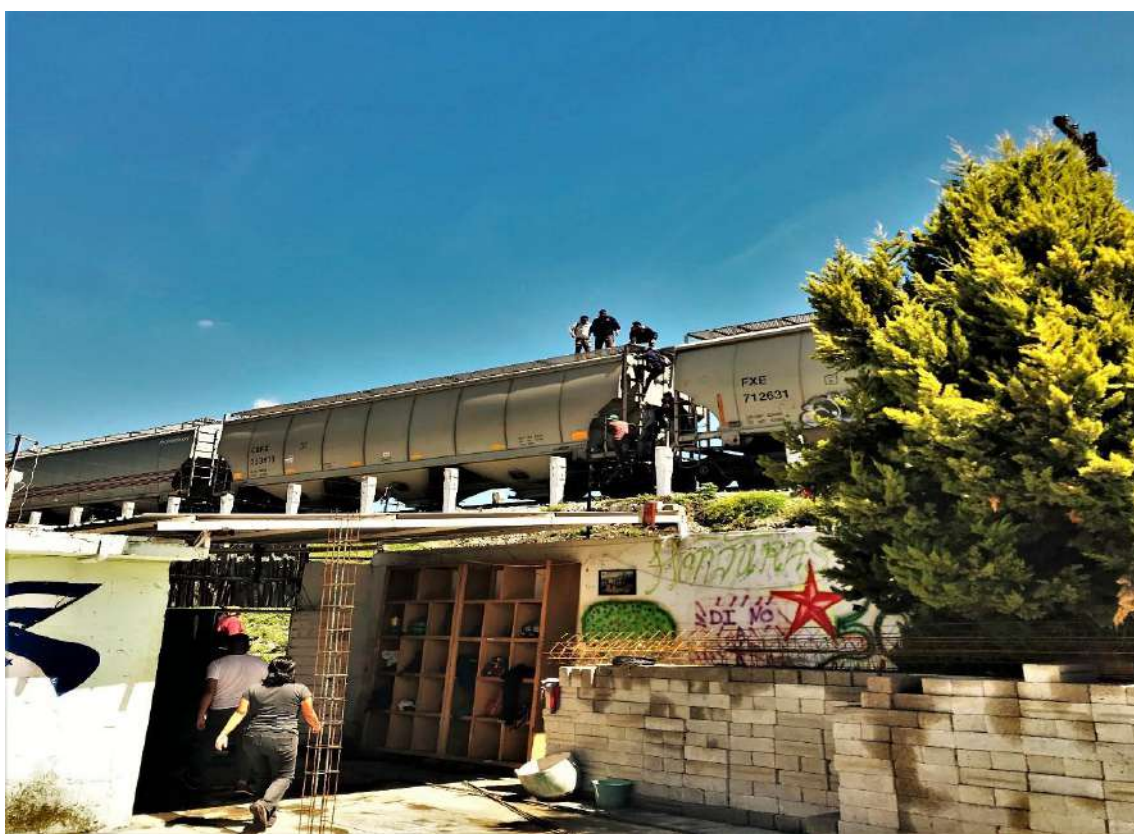
que funcionaba como entrada principal al albergue, limitando el acceso y la movilidad continua de las personas migrantes que pasan por la entidad. Las autoridades señalan que dicha malla se instaló en respuesta a las solicitudes de algunos vecinos del Albergue, quienes argumentan el incremento de la delincuencia cometida supuestamente por personas migrantes, así como el mal aspecto de personas descansando sobre las banquetas.

3. *El muro* colocado en sustitución de la valla metálica en septiembre de 2022. Este muro obstaculiza el acceso y la atención humanitaria, dificulta la recepción de donaciones, el llenado del tanque de gas o de pipas de agua, incluso el paso de vehículos en caso de alguna emergencia. Este muro fue instalado en la madrugada —sin aviso al personal del Albergue—, de manera unilateral por los vecinos con apoyo del municipio. Al mismo tiempo que se ha alimentado un discurso antiinmigrante, en el que se les criminaliza, incluso ha habido amenazas de muerte y de linchamiento hacia las personas migrantes.



Dispositivos arquitectónicos, Apizaco, Tlaxcala, Ft. Mónica Patricia Toledo González, 2019.

La hostilidad hacia la población migrante incluso es promovida por el Estado Mexicano, en este caso a nivel municipal. Y los *dispositivos arquitectónicos* representan lo que Achille Mbembe denomina “lógica de cercado”: esto es, las formas en que un Estado se ha convertido en una fortaleza, lleno de muros, fronteras y legislaciones anti-extranjeros, que limitan la movilidad de ciertos sujetos según perfiles biosociales —véase *Crítica de la razón negra, ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Existe, por tanto, una gestión de la movilidad que distribuye de manera desigual espacios, tiempos, ritmo, pero que, al mismo tiempo, establece cercados que atentan directamente con el mantenimiento de la vida humana, al impedir la atención humanitaria.



Albergue “La Sagrada Familia”, Apizaco, Tlaxcala, Ft. Mónica Patricia Toledo González, 2019.

El habitar es entendido como aquellas prácticas humanas que permiten a los sujetos colocarse en un orden espacio-temporal, al mismo tiempo

permiten su presencia —estable, efímera e incluso móvil— al establecer relaciones con otros sujetos. Esto genera el establecimiento de significados y memorias compartidas que rebasan la noción de habitar como sinónimo de vivienda o residencia. El habitar el espacio resulta central si retomamos las cualidades del tránsito migratorio, las fronteras físicas y simbólicas que responden a la criminalización y estigmatización de esta población. La población migrante de origen centroamericano en condiciones de irregularidad enfrenta continuamente una violencia estructural y experimenta la precariedad en sus propios cuerpos. Los *dispositivos arquitectónicos* generan que esa experiencia de habitar sea cada vez más hostil al impedir la asistencia y ayuda humanitaria, pone en riesgo la defensa y a los defensores de los derechos humanos, genera la existencia de espacios clandestinos y, aún más grave, niega la propia existencia de la población migrante en condiciones de irregularidad.



Migrar, esperar, asentarse, irse de nuevo

Reflexiones abiertas sobre el habitar en movilidad

Frida Calderón Bony*

Tout humain n'importe où sur la Terre veut rendre son séjour habitable.

Michel Agier. Le couloir des exilés

La movilidad altera la lógica sedentaria del sentido de habitar en la medida en que el valor y la identificación entre el habitante y un espacio habitación no es más un único lugar de residencia como referencia directa del “home”. Encarar el análisis del habitar en movilidad supone configurar una coordenada metodológica en la que intervengan al mismo tiempo: la experiencia de migrar, de moverse o circular; y el hecho de detenerse, de estar en cierto lugar o incluso de apropiarse de un espacio. Tomando un punto de vista antropológico, pero adoptando nociones de la geografía social proponemos en estas líneas explorar las capacidades heurísticas de la noción de habitar y su potencial alcance para dar cuenta de la relación sujeto-espacio en tanto relación dinámica que estructura y da cuenta de formas de habitar contemporáneas.

* Doctora en Antropología Social y Etnología por l'EHESS Paris, Francia. Actualmente es profesora en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur. Contacto: fridacalderonb@filos.unam.mx.

¿Cómo se configura el habitar cuando se es un habitante móvil? ¿Qué sucede cuando la experiencia de la movilidad está marcada por la vulnerabilidad y la incertidumbre? ¿Qué prácticas espaciales son posibles cuando las trayectorias de movilidad se desarrollan en el contexto de un desplazamiento continuo, con tiempos efímeros de instalación y/o con esperas más o menos prolongadas? ¿En qué medida la noción de habitar puede informarnos respecto a la experiencia de las personas en dichos espacios migratorios?

El arquetipo de un tipo de movilidad frágil y vulnerable está representado en el contexto mexicano por los movimientos principalmente centro-americanos que transitan rumbo al Norte. El estudio de dicho flujo ha mostrado que estas movilidades pueden ser consideradas como forzadas, en la medida en que son provocadas por contextos de extrema precariedad económica y violencias generalizadas, situación que promueve migraciones clandestinas bajo la amenaza constante de ser expulsado/deportado, desde el país de tránsito o destino. La organización de estos movimientos en grupo, mejor conocidos como *caravanas* (en particular en 2018-2019) ha puesto el foco de análisis en las maneras en que estos desplazamientos colectivos han funcionado para poder circular apoyándose. La lectura y múltiples trabajos de nuestra colega Amarela Varela sugieren justamente que los migrantes adoptaron la fórmula caravana para protegerse y visibilizar las violencias en el tránsito. Ésta se convirtió en una estrategia para buscar llegar a Estados Unidos sin pagar polleros y extorsiones a funcionarios, protegiéndose de la violencia generalizada por medio de estrategias individuales y colectivas de autocuidado y autodefensa.

Se ha descrito también a México como una “frontera vertical” o “país tapón” para evidenciar el proceso que se conoce como de “externalización” de la vigilancia y política migratoria del Norte hacia el Sur. Sin perder de vista las particularidades regionales, es cada vez más palpable un modelo de gestión de las movilidades análogo al del Norte global. El antropólogo Michel Agier ha calificado de “encampamiento” este dispositivo global

de gestión de los migrantes —una gobernabilidad técnica y humanitaria internacional— que se traduce en un mismo control tecno-político de control de los flujos. La propuesta de este autor nos interesa aquí porque él insiste en estudiar estos espacios, los campos, como expresión genérica de los espacios de *atrapamiento* al considerarlos como *espacios heterópicos*; imagen que retoma de Michel Foucault quien define la heterotopía como un *lugar fuera de lugar*. Agier recupera igualmente de Foucault la imagen que éste sugiere para definir a los refugiados —pero que podemos ampliar a los diversos estatus migratorios— como aquellos “encerrados afuera”, es decir, puestos al margen, “dejados de lado”. A lo largo de sus trabajos Agier ha ido construyendo una tipología de los campos en la que sugiere distinguir por lo menos cuatro figuras de estos espacios del encierro —o del atrapamiento como los hemos calificado más comúnmente en América Latina:

- 1) Refugios auto-instalados/auto-organizados como puede ser por ejemplo el caso del Chaparral en Tijuana en el Norte de México;
- 2) Centros de retención / zonas de espera/ centros de “triaje” que funcionan como espacios de separación (igual que para la basura) en los que se clasifica y distingue entre deportados, clandestinos, refugiados, exiliados, etcétera. Un ejemplo pueden ser las denominadas perreras o hieleras en la frontera México-Estados Unidos;
- 3) Los campos de refugiados formales que por lo general son gerenciados por las agencias internacionales como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y que son la forma más estandarizada, planificada y oficial del control de las movilidades; y,
- 4) Los campos de desplazados internos que por lo general configuran aglomeraciones en periferias de las ciudades, provocando lo que se distingue como *bolsones de desechabilidad*, y que en el caso mexicano podemos pensar a partir de las poblaciones desplazadas por el crimen organizado.

Más allá de esta tipología, lo que me parece interesante rescatar en la lectura de Agier, es la idea de que en estos espacios por la forma en que actúa el biopoder, se nos presenta a una masa de individuos de algún modo des-socializados y es por ello mismo que importa observar ahí. Aunque son espacios creados por un biopoder de control y gestión de las poblaciones indeseables y a pesar de que se trate de espacios fuera de lugar, son localizables. Es justamente el hecho de que sean localizables lo que permite ir a observarlos y comprenderlos desde dentro, para poder describirlos. Si en la lógica del biopoder se trata de poner fuera de lugar o dejar sin lugar (sin un espacio posible en el mundo) a estas personas, la idea de Agier es distinguir esos espacios en su “duración”, él habla del campo que dura y lo describe como una forma de vida resiliente en la que la presencia recalcitrante del extranjero excluido fragua el espacio de su sobrevivencia.

Queda claro que la migración centroamericana (proceso que podríamos muy bien ampliar a otras migraciones del sur al norte) constituye un movimiento desencadenado por condiciones de extrema pobreza y de violencias múltiples (maras, crimen organizado, extorsiones, etcétera) de donde surgen movilidades diversas con rutas que se diversifican, tránsitos más o menos peligrosos, temporalidades variables según pausas, retornos, esperas, re-inicios de movilidad. Se trata aquí de trayectorias inciertas y que no cuentan con redes de paisanaje o familiares para apoyar la movilidad como sucede en el caso de espacios migratorios consolidados bajo forma de campos migratorios o territorios circulatorios en los que justamente las redes de movilidad han adquirido madurez y constituyen corredores de movilidad en cierto modo seguros. Aunque existen ya muchos trabajos que dan cuenta de la extrema vulnerabilidad que enfrentan los migrantes en tránsito, me parece que aún hace falta explorar con mayor detenimiento cuáles son las prácticas espaciales de esta población y en este tipo de movilidad.



Campamento El Chaparral, Frontera Tijuana-San Diego, Ft. Carlos González Z., 2021.

En efecto, al estudiar la movilidad en tránsito la hemos en cierto modo rezagado a una temporalidad efímera que ha provocado la constitución de una población que pensamos desde su condición de “no permanencia”; y ello nos ha llevado a obscurecer el análisis de los tipos de presencia que estas poblaciones pueden generar en los territorios que recorren. En este sentido, como lo sugieren los trabajos de Antropología urbana de Angela Giglia, las distintas situaciones en que las personas están en un lugar hacen necesario pensar la noción de habitar más allá de su primera acepción como sinónimo de residir o estar amparado, para explorar definiciones en las que al contrario el habitar tiene que ver con el hecho antropológico de saberse ahí, de estar presente en ese lugar y no en otra parte.

En esta misma perspectiva el geógrafo Laurent Faret propone observar en la imbricación entre trayectorias de movilidad y formas de instalación/asentamiento como una alternativa analítica. Faret explica que, aunque no se puede describir un proceso homogéneo, las diversas formas de

instalación pueden estudiarse en la intersección entre un “cambio del proyecto migratorio” y el inicio de una “dinámica de asentamiento” en el que “nuevos arreglos espaciales” se crean frente a las políticas migratorias restrictivas y el aumento de distintos tipos de violencias. Propone explorar a partir del binomio movilidad/inmovilidad pero además en el entrecruzamiento de espacios/tiempos para observar la presencia de las personas en movimiento. Tiempos de espera, procesos de inserción incompleta, empleos temporales, modificación del proyecto migratorio, búsqueda de formas alternativas, ya sea hacia otra movilidad o hacia un asentamiento más durable; todo ello debe ser material etnográfico que nos permita dilucidar cuáles son las estrategias y recursos movilizados por los sujetos para poder “estabilizar una presencia”.

Otra pista de trabajo posible para considerar el habitar móvil la encontramos en lo que autores como Alain Musset han denominado “territorios de espera”, es decir, aquellos espacios en los que durante un transcurso de tiempo incierto e indefinido se materializa el campo de acción de los individuos y grupos. En esta perspectiva algunos trabajos han estudiado a los albergues o casas de migrantes como “espacios de espera” en donde los migrantes pueden encontrar descanso y seguridad antes de emprender un nuevo movimiento, sin embargo, en este tipo de trabajos también hace falta explorar con mayor profundidad o detenimiento cuáles son las prácticas mediante las cuales los sujetos usan y se apropian (o no) de estos espacios.

¿Dónde están y qué hacen ahí? ¿Cómo se las arreglan?, nos conduce a pensar el habitar desde la lógica del “hacer con el espacio”, es decir, necesitamos retomar el análisis desde una teoría de la práctica que nos permita mostrar que “hacer algo en un lugar es practicar el lugar” como lo sugiere Mathis Stock. Desde esta óptica, las prácticas son consubstanciales a los espacios y por ello es necesario tener en cuenta que el espacio permite, posibilita e incluso promueve o prohíbe ciertas prácticas y no otras; es en ese código que debemos pensar cómo los habitantes, en este caso los migrantes, constituyen una práctica del habitar.

El habitar en movilidad no puede restringirse a la relación con los espacios domésticos, el tradicional vínculo sujeto-casa sólo funciona como lectura posible en condiciones de sedentaridad o bien en un espacio de circulación de larga duración, con redes y lugares de instalación bien estructurados en los que pueden emerger modelos de doble residencia o de multiresidencia; al revés, en contextos migratorios es necesario sacar al habitar del asentamiento o residencia para llevarlo al lugar de la presencia y explorar su sentido en relación a la trayectoria biográfica/migratoria que lleva al sujeto a “estar ahí” y en cierto modo.

Frente a lo efímero que puede ser el uso de determinados espacios durante la experiencia del desplazamiento continuo, de cara a un tiempo incierto, el habitar puede estudiarse a partir de una geografía del cotidiano, con gestos repetidos en el día a día, a partir de las prácticas habituales (hábitos) a través de las cuales los migrantes ordenan su estar en alguna parte, aunque permanezca presente el proyecto de ir a otro lado.

Si creemos que pueden incluirse en el concepto de habitar las dimensiones de movilidad e inmovilidad, resta por explorar como ello transforma la elaboración y sentido del apego y el desapego.



Fronteras del mundo contemporáneo

Entre la producción del espacio y la producción de subjetividades

Pablo Blanco*

La mirada hacia/en las fronteras y los desplazamientos a través de ellas, hacen necesario ampliar los puntos de referencia intervinientes en los procesos migratorios actuales. La frontera es un lugar de lucha. El paisaje fronterizo resultante se compone, más allá de los muros y alambres que nos atraviesan el pensamiento, de conflictos y transformaciones, de continuidades y rupturas. Existe por ello, como apuntan Mezzadra y Neilson -en *La frontera como método. O la multiplicación del trabajo*- la “necesidad de analizar la frontera no sólo en sus dimensiones espaciales sino también temporales y destacar la conflictiva determinación de la frontera, las tensiones y las luchas que juegan un papel decisivo en su constitución”.

En la frontera se interrelacionan los controles, las transacciones comerciales y los dispositivos de inclusión y exclusión orientados a cualquier persona que la transite. Es este entrecruzamiento de actores y prácticas el que nos exige atender a las rupturas y continuidades espaciales

* Doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Actualmente es investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (INSHIS) de la Universidad Nacional de la Patagonia (UNP), Argentina. Contacto: pabloblanco72@yahoo.com.ar.

(fronteras extendidas en terceros países, políticas represivas homogeneizadas, organizaciones de y para migrantes que operan en diferentes fronteras), temporales, laborales y estatales, y pensarla como un campo de batalla donde, en el caso específico de ciertas rutas de migración forzada, conceptos como políticas migratorias, externalización de fronteras, controles securitarios, necro-frontera, se enfrentan a los de lucha migrante, agencia migrante, autonomía de las migraciones o prácticas emergentes de ciudadanía transfronterizas, poniendo en juego una vastedad de relaciones de dominación y desposesión, de resistencia y supervivencia. Todo esto habilita la observación desde la óptica de las personas migrantes en su interacción en estos ámbitos, así como también su reacción ante estas estructuras de opresión.

La frontera manifiesta permanentes procesos de flexibilización y desplazamiento, y quienes emprenden las experiencias migratorias en estos contextos no sólo deben hacerle frente al momento de atravesar una demarcación lineal que divide Estados, sino que ya en su país de origen, al querer obtener una visa en la embajada de algún Estado europeo o en la embajada de Estados Unidos, las barreras comienzan a funcionar. O en las fronteras de los países del norte de África o de Centroamérica, donde supuestamente impera la libre circulación y, sin embargo, son cada vez más estrictos los controles.

La producción del espacio, siempre dialéctica y entendida -por el filósofo francés Henri Lefebvre- como la puja entre diferentes modos de apropiación de éste, intersecta con la producción de subjetividad, enfrentándose al doble vínculo que los Estados del Norte Global establecen con las fronteras, obligados a abrirlas para la circulación de personas, bienes, divisas, por un lado, y, paralelamente, forzados a volverlas más seguras ante los indeseables. Así, ingresan migrantes “buenos” (turistas, personal de empresas multinacionales, trabajadores destinados a mano de obra barata en actividades agrícolas e industriales), y se rechazan a los migrantes “indeseables”, racializados en su mayoría.

De manera dialéctica, estos espacios se convierten en necro-fronteras, esto es, espacios de excepcionalidad. La necro-frontera constituye un espacio signado por las redadas militares, en las detenciones en dependencias policiales, así como en centros habilitados para privar de libertad a personas migrantes en una legalidad subordinada a las premisas de control migratorio, en desplazamientos forzados, en deportaciones a países de origen, en deportaciones a terceros países, violencias hacia las mujeres migrantes, violencias hacia la niñez migrante, inmovilidad forzada en algunas de las ciudades en tránsito, entre otras tantas, incluyendo, por supuesto, la muerte. Poniendo como ejemplo la Ruta del Mediterráneo Central, la experiencia colonial en África, plagada de cuerpos asesinados, genocidios, abusos, se repite a través de los diversos espacios de violencia en las rutas migratorias hacia Europa, generando una permanente guerra contra las personas migrantes.



Catania, Italia. Ft. Pablo Blanco, 2018.

Pero, la frontera, a la vez que separa, relaciona; y se inscribe en tres dimensiones: el tiempo, el mundo social y el espacio -nos dice Michel Agier en *Zonas de Frontera. La Antropología frente a la trampa identitaria*. En este sentido, las fronteras existen desde un acontecimiento específico en donde se manifiestan mecanismos de reconocimiento en los territorios que se incluyen en ellas, materializan un espacio, lo recortan, marcan un *aquí* y un *allá*, un *adentro* y un *afuera*.

La idea de “crisis migratoria” (tanto en Europa en 2015, como en la Ruta Centroamericana hacia Estados Unidos en 2018), con las posteriores medidas migratorias: la cumbre de La Valeta y la agenda para la migración, por ejemplo, nos hacen cuestionar ¿qué nuevas fronteras establecieron?, ¿quiénes están de un lado y quiénes del otro?, ¿hacia dónde se extiende la Europa Fortaleza, hoy en día?, ¿y Estados Unidos?, ¿hasta dónde se extiende el Sur Global, ya sea a partir de la resistencia, a partir de la continuidad de la explotación hacia los migrantes en el Norte Global o a través de los propios desplazamientos de los cuerpos migrantes por Europa o por Estados Unidos?

Nuevos sujetos políticos han surgido en espacios altamente controlados y militarizados, como son las fronteras, aun teniendo presente los peligros que allí se manifiestan. En la frontera, las personas migrantes negocian, incumplen y quebrantan órdenes y leyes, reconfigurando su subjetividad política. Las estrategias de supervivencia llevadas adelante por los sujetos migrantes son diversas y variadas, aun viviendo instancias de inmovilidad forzada, ya sea realizando trabajos informales en los diferentes puntos de tránsito de la Ruta del Mediterráneo Central, adquiriendo conocimientos sobre cuáles son las rutas más apropiadas a seguir en cada momento, o identificando organizaciones sociales de ayuda al migrante que existen en dicha ruta. Una vez en territorio europeo, como sucede en la isla de Sicilia, las estrategias se vinculan a realizar tareas agrícolas informales en campos del sur de Italia, además de establecer contactos con ONG que les brinden asistencia en sus procesos de inserción y regularización. Estos modos de agenciamiento migrante se apoyan bastante en

las tecnologías de información, centrales para la planificación de la experiencia migratoria futura. Las consignas que se desprenden de las luchas migrantes van más allá de querer acceder a la “regularidad” de su situación y a la ciudadanía, y se orientan cada vez más a la reivindicación de la democratización de las fronteras, reconfigurándolas permanentemente frente al endurecimiento de los mecanismos de control migratorio.

En este sentido, abordar las luchas migrantes es poner énfasis en la producción de subjetividad política -como apuntan Mezzadra y Neilson- y hacer hincapié en que éstas reconfiguran permanentemente las prácticas que se ponen en juego en las fronteras (la organización migrante, las instancias de inmovilidad forzada en donde las personas migrantes adquieren nuevos conocimientos en torno a rutas, el querer seguir caminando a pesar de todo, entre otras), y las violencias que allí se manifiestan.

Resulta apropiado apelar a una política de la visceralidad en tanto ejercicio político que pone en acción la liberación resultante de la organicidad de los cuerpos; el cuerpo migrante toma distancia de su descartabilidad, se desgarra a sí mismo y avanza más allá de lo que los medios de comunicación, los Estados y gran parte de las sociedades del Norte Global esperan de él: la muerte, la desaparición y la victimización. Es en el cuerpo donde se pone en juego “toda una estructura de órganos, un sistema nervioso, una economía de las emociones” -como lo apunta Achille Mbembe en *Crítica de la razón negra*.

Como expresé anteriormente, la frontera es también una zona de negociación e intercambio, donde lo cultural, lo social, lo económico y lo político, se reconfigura permanentemente en el tránsito de las personas migrantes; así, se considera a la frontera “un *doble espacio* político y cultural en el que viven los migrantes en tanto *ciudadanos de la frontera*” -en *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*, de Sandro Mezzadra. En ese doble espacio convergen los cuerpos migrantes víctimas de las políticas migratorias, y la cultura migratoria de esos desplazamientos por el Norte de África, por la Ruta Centroamericana, por Europa y/o por

Estados Unidos, aun habiendo sorteado las fronteras físicas, naturales y las resultantes de la externalización de los controles migratorios.

En ese sentido, como apuntan Marina Pastor y Raúl León -en *Nación-frontera. Apuntes sobre la expansión de la frontera y algunas de sus implicaciones*: “[L]a frontera surge ahora en la acción como un *agente* con el poder (o con el mandato) de suspender el ordenamiento jurídico (Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado), coincidiendo con la presencia del *cuerpo otro* que se instituye en ese momento como perímetro fronterizo. La frontera es el acto de producir una ruptura de la legalidad por un tiempo y en un espacio concretos dentro o fuera del territorio soberano. La naturaleza de la frontera se encuentra inscrita en el propio cuerpo del migrante. Ese cuerpo extraño es frontera encarnada”.



Frontera Mali-Burkina Faso, Ft. Pablo Blanco, 2020.

La naturaleza de la frontera se encuentra inscrita en el propio cuerpo del migrante. Cuerpos extraños que se diseminan a lo largo y ancho de los países del Norte Global, para trabajar en la agricultura, explotados; o en el servicio doméstico, explotados; o para ser empleados en la economía informal vinculada al delito, explotados.

Pero también puede pensarse que esos cuerpos extienden las fronteras africanas en Europa, o las centroamericanas en Estados Unidos (y México), que se expanden con un fuerte impulso por la descompresión producida tras haber sobrevivido -aquellos que lo consiguieron- al gran embudo mortal que es la Ruta del Mediterráneo Central o el tapón del Darién.

Estos cuerpos en movimiento que intervienen en los desplazamientos por la ruta del Mediterráneo Central, cuerpos de migrantes, de trabajadores en las organizaciones de migrantes, de integrantes de fuerzas de seguridad, conforman el campo de batalla en que se han convertido las fronteras del norte africano, por ejemplo, en los últimos años, especialmente después de cumbre de La Valeta en 2015.

En las terminales de bus de Niamey, de Bamako, de Uagadugú, de Dakar, de Catania, de Palermo; en los espacios públicos, en los territorios que lindan con las divisiones políticas de los espacios analizados; en las embajadas de los países europeos situadas en algunas capitales de países africanos; en todos estos ámbitos, constituidos como frontera, se libra una verdadera batalla. La frontera es productora de subjetividad, y no sólo un límite que está siempre ahí, como obstáculo. En este sentido, he de sugerir que la frontera es un campo de batalla, es pensar desde la agencia migrante, desde la lucha migrante, desde la visceralidad de los cuerpos y desde la subjetividad política que se ponen en juego en las movilizaciones de seres humanos, aún en condiciones muy precarias de desplazamiento.

La frontera como campo de batalla se hace presente ante las acciones de los gobiernos del Norte Global, ante el racismo existente en Europa, en Estados Unidos y en los países en tránsito, ante las leyes que confinan aún más a esos cuerpos.

La producción del espacio se da en las fronteras, externalizadas, o en las internas dentro del espacio Schengen; allí habitan el odio, la ira, la explotación. Pero los migrantes forzosos desenvuelven múltiples estrategias para intentar superar los distintos obstáculos que se les presentan en cada etapa de su trayectoria migratoria. Ya sea en los países de origen, en los de tránsito, como Malí, Burkina Faso, Níger o Libia, o al alcanzar las costas europeas, en la isla de Sicilia, existen organizaciones de y para migrantes, que dirigen sus acciones al abordaje del problema de manera colectiva.

RESEÑAS

(Trans)fronteriza
Número 17 • Agosto 2023

Diccionario sobre temas socioterritoriales

Frida Calderón Bony*



González Arellano, S., Alfie Cohen, M., y Galindo, J. (Coords.). 2020. *Diccionario sobre temas socioterritoriales*.

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Cuajimalpa. 363 págs.
ISBN:978-607-28-1717-3.

A pesar de la preminencia del mundo digital y los buscadores informáticos, los diccionarios de papel aún importan e incluso se consolidan en el mundo editorial de las Ciencias Sociales y Humanas latinoamericanas contemporáneas. ¡En hora buena! En tanto recopilación de palabras, la eficacia del dic-

cionario radica también en que éste permite conocer el estado de una lengua o vocabulario en un momento dado. Las palabras y sus definiciones son sin duda el centro de la obra, pero importan también los sentidos y los usos de estas en un tiempo y contexto determinado.

Un diccionario temático como lo es el *Diccionario sobre temas socio-territoriales* que coordinaron los investigadores Salomón González Arellano, Miriam Alfie Cohen y Jorge Galindo de la UAM Cuajimalpa, busca

* Doctora en Antropología Social y Etnología por l'EHESS Paris, Francia. Actualmente es profesora en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur. Contacto: fridacalderonb@filos.unam.mx.

justamente dar cuenta de un conjunto de palabras para ordenarlas dentro de una situación comunicativa determinada, y así poder promover el uso de éstas dentro de un cierto aparataje lingüístico. De algún modo, el diccionario permite consolidar una suerte de dispositivo de pensamiento -en este caso, como lo indican los coordinadores desde la introducción-, para reflexionar sobre “el análisis de la dimensión espacial de los fenómenos sociales”. Desde este punto de vista, el objetivo de este diccionario es el de focalizar la mirada en la interacción de lo social y lo espacial, lo que promueve la necesidad de instaurar un lenguaje común que permita dar contenido y consistencia a dicho campo temático. En dicho tenor, este diccionario estimula la creatividad sociológica al hacer ver y oír palabras propias a una cierta semántica susceptible de generalizarse y por ello de influir en la forma de mirar y aprehender el mundo.

Podríamos pensar el diccionario que comentamos con la imagen de una puerta que podemos abrir y cerrar. *Cerrar* porque se trata de contener y dar una coherencia o lógica propia a la mirada espacial o geográfica con el objetivo de hacerla advenir en una herramienta pertinente e incluso potente de inteligibilidad del mundo contemporáneo. Las más de 80 entradas que componen el trabajo reivindican la importancia analítica del espacio. *Abrir* porque se busca poner sobre la mesa el estado actual de los estudios socioterritoriales y con ello se busca visualizar el conjunto de aspectos empíricos y también teórico-conceptuales sobre la investigación que actualmente se desarrolla; una forma entonces de interrogar la apertura hacia formas distintas de sugerir problemáticas y estrategias de entendimiento y resolución de estas. Los 44 autores que colaboran en el diccionario dan cuenta de esta necesidad de apertura de las disciplinas sociales hacia la mirada espacial. ¿Cómo? En algunos casos desde aspectos de tipo metodológico y en otros desde una dimensión más bien teórica, siempre a partir de ejemplos empíricos, pero en definitiva acordando una posición privilegiada al espacio.

Las diferentes entradas están organizadas atendiendo varios aspectos. A una definición o explicación corta sobre una noción o concepto, le siguen

una sugerencia de palabras clave a las que se vincula dicha definición. A continuación, se presenta una descripción y a ésta se asocia la presencia de actores, de métodos de trabajo incluso de formas de aplicación de la problemática tratada. En conjunto, podemos percibir una atención que entrecruza por un lado a los actores, las estructuras o sistemas, desde una lente más o menos cualitativa o cuantitativa; y del otro, aspectos más materialistas frente a elementos fenomenológicos y/o culturales.

La coherencia del proyecto se finca sin duda en el propósito de pensar al espacio no como un objeto neutro sino al revés, en tanto una producción o elaboración social. A pesar de acercamientos múltiples, el diccionario muestra siempre que el espacio se construye, se apropia, se modifica, se interpreta, es un recurso, incluso un capital. Además, la obra cumple con el objetivo de posicionar al espacio y al léxico socio-territorial de cara al cuestionamiento de lo que serían grandes conceptos como: Estado, Sociedad, Individuo, Actor o Sujeto, Naturaleza y Cultura.

Tres grandes corrientes o líneas de pensamiento pueden identificarse como subyacentes al conjunto de las entradas que componen el diccionario. La primera, que podemos definir como de *corte urbano*, preocupa por aquellos arreglos o acomodos socioterritoriales desde los cuales el hacer de los sujetos en el espacio puede ser problematizado. Accesibilidad, derecho a la ciudad, diseño urbano, gentrificación, gestión urbana y territorial, patrimonio urbano, entre otras, son algunas de las nociones que están en este primer grupo de definiciones. En la segunda, más de *corte ecológico* se hace patente la preocupación socioambiental y su vulnerabilidad. Se percibe en esta perspectiva que el estado actual de la vida social no puede prescindir de un análisis de tipo socioecológico puesto que la habitabilidad del planeta depende de ello. Cambio climático, Falacia ecológica, Economía y Medio ambiente, Gobernanza ambiental, Bienes comunes y Territorio son conceptos que remiten a este segundo corte de lectura. Finalmente, la tercera focal a la que considero de *corte económico/político* y que se ocupa de atender aspectos imbricados en diversas relaciones de poder, de infraestructura y/o de gobernanza;

aspectos todos desde los cuales el espacio se modela y organiza. Capital espacial, Conflicto socioterritorial, Desarrollo local, Segregación socioespacial, corresponden por ejemplo a esta última mirada.

En el terreno de la interdisciplina, es interesante observar la forma en que las nociones se conforman en la medida en que se apegan más o menos a una u otra disciplina. Por ejemplo, abordar el espacio público puede remitir a una dimensión geográfica pero que atiende a la ciencia política. Pensar la justicia espacial significa atender a procesos múltiples como pueden ser la localización, la accesibilidad, pero también la gestión y/o la gobernanza. En ese sentido, el diccionario es una invitación a jugar en la tensión que supone la búsqueda de un vocabulario que sea riguroso del análisis socioterritorial, pero sin que ello suponga atraparlo en fronteras o tradiciones disciplinarias. Una lectura paralela es posible respecto a la mirada multidisciplinaria que sugieren las diferentes entradas tratadas en el trabajo: la de interrogar el modo en que las diferentes disciplinas se han amparado de la metáfora espacial, o de indagar en los lazos que el análisis espacial puede tejer con otras disciplinas como la filosofía, la historia, la sociología, la economía, entre otras.

Felicito a los coordinadores y autores de este diccionario cuya consulta es importante y que además nos recuerda la importancia de la investigación en tanto un discurso interpretativo cuya validez depende en parte de su capacidad a nombrar. Distinguir el qué, pero también el cómo hablamos, es quizá la mejor vía para hacer emerger problemáticas pertinentes para transformar el pensamiento social y el mundo que nos toca vivir.

Políticas migratorias contemporáneas

Laura Sofía García Cortés*



González Zepeda, C.A., Gómez Garza, R.R., y Díaz Abraham, L. (Coords.). 2022. Políticas migratorias contemporáneas. Tendencias del sistema mundial en el siglo XXI. DCSH UAM-Cuajimalpa, Universidad del Rosario, Tierra Firme. 282 págs. ISBN: 978-958-500-053-7.

La narrativa entorno a la migración ha sido claramente denominada como una política de la segregación que contribuye a la exposición de las personas migrantes a un sinnúmero de barreras que buscan impedir su ingreso y estadía en países principalmente del Norte Global. Políticas que criminalizan los movimientos clandestinos, orillando a miles de personas a

buscar rutas cada vez más hostiles y peligrosas por donde transitar para llegar a un lugar aparentemente más seguro. La tendencia es que cada año miles de personas abandonan sus hogares principalmente en países en vías de desarrollo, donde las condiciones ofrecidas por los Estados no les permiten satisfacer los derechos más básicos como el acceso a derechos sociales básicos. Asimismo, observamos como en varias partes del globo, el colonialismo económico, las intervenciones militares, la destrucción ecológica en busca de materias primas por parte de los países del Norte Global en los países en vías de desarrollo también están provocando que

* Estudiante de la Licenciatura en Estudios Socioterritoriales en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa (UAM-C), México. Contacto: sofia.garcia95982124@gmail.com.

miles de personas salgan de sus hogares en busca de refugio, arriesgando su vida al cruzar fronteras fuertemente vigiladas. Tendencia que se explica, de acuerdo con los coordinadores de esta obra, a partir de una misma lógica estructural que depende de condiciones económicas y geopolíticas de larga data, esto es, “condiciones determinadas por la expansión de las relaciones de producción capitalista” (p. 12).

Los seis capítulos que conforman el libro buscan por un lado analizar “cómo las políticas de las potencias económicas de siempre dan forma al movimiento migratorio internacional” (p. 12), y, por el otro, poner sobre la mesa el análisis de las políticas estatales particulares que sólo se entienden en el contexto del análisis de relaciones interestatales regionales, continentales o mundiales. En *Políticas migratorias contemporáneas. Tendencias del sistema mundial en el siglo XXI*, los autores buscan retratar la realidad de las migraciones internacionales contemporáneas a través de casos de estudio que permiten observar una misma tendencia en todos los rincones del mundo: aquella donde las potencias económicas son las que dominan el comercio internacional y dictan las reglas de la globalización, tanto de capitales como de fuerza de trabajo.

El eje que articula la obra se basa en la perspectiva del análisis de “sistemas-mundo”, que concibe a los movimientos migratorios dentro de un todo articulado por relaciones de producción mundializadas donde prácticamente ningún movimiento migratorio escapa a la influencia de la dinámica capitalista mundializada y no puede entenderse a cabalidad sin una mirada amplia en términos de tiempo y espacio (p. 13). Si bien a lo largo del libro es posible encontrarse varios puntos en común entre todos los textos, como las diferencias económicas entre centros y periferias que generan movimientos migratorios extensos de países de bajos ingresos a países con mejores condiciones de vida, así como las respuestas cada vez más agresivas de los países receptores ante estos flujos migratorios globales, no se abordan las acciones humanitarias que se activan en el sistema migratorio global y que permiten ilustrar la rudeza de las

políticas migratorias que bloquean, criminalizar y orillan a la muerte a las personas migrantes.

Invito a la lectura de este libro, ya que nos ofrece un panorama de conceptos, categorías y perspectivas de análisis sobre los movimientos migratorios del Sur Global hacia países del Norte Global haciendo énfasis en la respuesta de los Estados a través de casos de estudio en diferentes latitudes y contextos, lo cual enriquece el análisis y la reflexión sobre las migraciones contemporáneas.

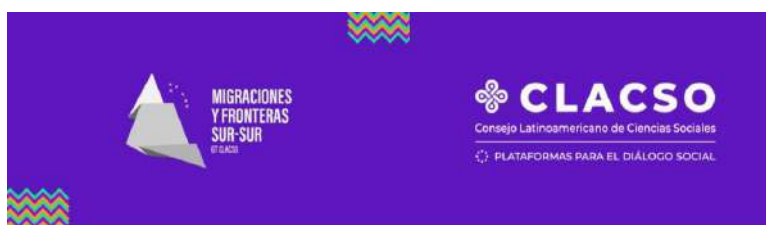
CONVOCATORIAS

(Trans)fronteriza
Número 17 • Agosto 2023

Boletín Movimientos migratorios sur-sur

Fronteras, trayectorias y desigualdades

Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y fronteras sur-sur |



BOLETÍN «MOVIMIENTOS MIGRATORIOS SUR-SUR. FRONTERAS, TRAYECTORIAS Y DESIGUALDADES» CONVOCATORIA DE CONTRIBUCIONES CORTAS PARA EL #8

**INICIATIVAS DESDE EL EXILIO PARA EL
MANTENIMIENTO DEL LEGADO DE LA COMISIÓN DE
LA VERDAD DE COLOMBIA**

Coordinadoras del este número temático:
Carmen Gómez, Cécile Mouly y Vanessa Paredes

Plazo de envío: **15 de septiembre**
Dirección de envío y consultas: gtmigracionsur@gmail.com
Fecha de publicación: **diciembre 2023**

Información y envíos: gtmigracionsur@gmail.com

Convocatoria: <https://www.clacso.org/convocatoria-para-contribuciones-cortas-para-boletin-8-iniciativas-desde-el-exilio-para-el-mantenimiento-del-legado-de-la-comision-de-la-verdad-de-colombia/>

Dossier: Migraciones en América Latina y el Caribe

Debates necesarios en torno a la investigación

Revista TRAMAS Y REDES

Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales



Información y envíos: revistatramasyredes@clacso.edu.ar

Convocatoria: https://www.clacso.org/tramas-y-redes/?fbclid=IwAR2z06oZilQZU-Haz_Bc0-JawjBKXWYQSIXCsTqcG7oS_p2LgoQ0WUV26uKE



(Trans)fronteriza

Política Editorial

(Trans)fronteriza, es una publicación bimestral del Grupo de Trabajo CLACSO *Migraciones y fronteras sur-sur*

Enfoque

(Trans)fronteriza se propone reunir textos sobre las diversas problemáticas fronterizas contemporáneas en torno a movilidades, territorios, identidades, luchas, narrativas y comercios.

Envíos

Son bienvenidos textos sobre la coyuntura actual de las migraciones, movilidades y fronteras en las Américas para la sección artículos de opinión; así como reseñas bibliográficas y de materiales visuales. Las colaboraciones deben ser enviadas por los coordinadores del número al correo: gt-fronterasmic@gmail.com, en formato Word o RTF, y en el caso de incluir gráficas, cuadros y tablas, éstas deberán enviarse en la paquetería en la que fueron creadas.

Instrucciones para los autores

Sólo serán considerados los textos que cumplan las siguientes normas editoriales:

1. Para la sección artículos: ser textos escritos en español y/o portugués. Con una extensión mínima de 1000 palabras y la máxima de 2000 palabras. Tipografía: Times New Roman 12 puntos, interlineado sencillo, papel tamaño carta;
2. Para la sección reseñas bibliográficas y/o visuales: ser textos en español y/o portugués con una extensión mínima de 500 palabras y máxima de 1000 palabras. Tipografía: Times New Roman 12 puntos, interlineado sencillo, papel tamaño carta;
3. En ambos casos, incluir en la primera página la siguiente información: título del trabajo en máximo 15 palabras; nombre del autor/a; último grado cursado y la institución que lo otorga, indicar la adscripción institucional y el correo electrónico de contacto. Aclarar si es miembro del GT CLACSO Migraciones y fronteras Sur-Sur.
4. Todos los textos, al ser de carácter divulgativo deberán evitar las notas al pie de página y el uso de referencias bibliográficas. Salvo que sea necesario y sólo en casos específicos que se justifiquen. Ello no significa que el texto no será revisado para evitar prácticas deshonestas e indebidas como el plagio.
5. Las imágenes utilizadas deben contar con buena resolución/calidad (300 dpi). Las mismas deben estar autorizadas o no contar con restricciones de permisos de uso y publicación.
6. Se devolverán a las autoras/es aquellos envíos que no cumplan las condiciones estilísticas y bibliográficas establecidas.

Proceso de revisión

El proceso de revisión estará a cargo de lxs coordinadorxs de cada número, así como por lxs integrantes del Comité Editorial.

- Para que un texto pueda ser considerado publicable, primero se verificará que cumpla con los requerimientos de forma antes señalados.

- Posteriormente, los manuscritos serán revisados por algunos miembros del comité editorial para evaluar su pertinencia.
- Finalmente, los resultados de la revisión se comunicarán al autor/a través de correo electrónico.

Convocatoria

- Es bimestral y se comunicará la temática a través del Boletín previo a cada número, así como por correo electrónico.

Ponte en contacto con nosotros a través del siguiente email: gtfronteras-mic@gmail.com

Las opiniones e ideas expresadas por lxs autores son de su exclusiva responsabilidad. Y no reflejan la postura de lxs editores del Boletín (Trans)fronteriza.

Atentamente
Comité Editorial



Boletín del Grupo de Trabajo
Migraciones y fronteras sur-sur

Número 17 · Agosto 2023